

Guachitos en Carabineros

Por Héctor Lorca

En algún momento de mi infancia y como consecuencia de la severa reprimenda de un vecino por un pelotazo en su ventanal, vi a mi madre salir rápidamente de la cocina secándose las manos en el delantal y encararlo resueltamente con la frase: -¡Usted no tiene porque retar a mi hijo, acúselo y yo lo castigaré! -¿Cree que mi chiquillo es guacho?

Aunque la fiereza de la interpelación y su desafiante mirada me hicieron recordar por siempre ese decidido gesto de amparo maternal, fue la palabra “guacho” la que se grabó a fuego en mi mente, pues nunca la había escuchado. Al revisar serenamente los dichos de mamá quedé con la clara impresión que el vecino me había retado, creyendo que yo era un “guacho”. La simple estimación de serlo le bastaba para gritarme o regañarme como quisiera.

Ante mi inquietud mamá me explicó compasivamente que “guacho” era un niño que por los indescifrables designios de Dios había quedado sin padres, sin tener a nadie que lo cuidara o protegiera, pero volviéndose a mí y endureciendo el ceño refrendó enérgicamente que yo no lo era y cualquiera haya sido mi falta, solo ella o papá eran quiénes debían retarme o castigarme.

- ¿Y quién castiga al guacho entonces? – le pregunté.

-- Bueno -- me señaló-- los “guachitos” sufren mucho, (valiéndose del diminutivo para hacer menos cruel el vocablo), cualquiera los humilla o pasa a llevar. Da pena verlos tan solitos, porque no son culpables de su destino. Todos deberíamos ayudarles, tenerles más consideración y no maltratarlos.

Desde ese momento quise conocerlos, saber cómo eran. Pretendía, siguiendo el consejo de mamá, brindarles mi amistad y ofrecerles mi modesta ayuda. Me los

imaginaba humildes, sufrientes por su condición, sabiendo que cualquiera podía ofenderles e incluso castigarles sin ellos poder responder y quedando entregada su ventura a la compasión de los vecinos.

También me enteré que los “guachitos” eran, históricamente, los muchachitos que abandonados a su suerte vivían su atroz miseria bajo los puentes del río Mapocho. Eran aquellos de los “piececitos azulosos de frío” de la poesía de Gabriela Mistral, eran los “patroncitos” del padre Hurtado y que generosamente, sacudido ante tal dolor y abandono, Carabineros recogía para darles abrigo y protección en sus cuarteles.

Mi papá, cabo de Carabineros, sabía de su existencia y me contaba las penosas condiciones en que eran recogidos. Enterado de mi curiosidad por conocerlos y aprovechando que estaba de servicio me llevó un sábado al tradicional teatro Caupolicán de calle San Diego, a presenciar la emocionante final del campeonato de lucha libre o también llamado “cachacascán” a la cual asistía un numeroso grupo de niños pertenecientes a los hogares de menores de Carabineros invitados gentilmente por el señor Venturino, propietario del señalado escenario.

Ahora, estaba frente a frente a los “guachitos” que me había contado mi mamá, pero no eran como me había dicho ni como yo los había imaginado. Se les veía bulliciosos, alegres, bien vestidos y de pelo bien peinado. No había en ellos huellas o evidencias de desamparo o miseria.

Entusiastas, vibraban con cada combate y aplaudían a rabiar a “Mister Chile” y a “Pepe Santos”, ídolos de todos quienes abarrotábamos las tribunas. Uno de ellos colorín y de extrovertido carácter, gritaba y protestaba a voz en cuello en contra de los adversarios que a vista y paciencia del árbitro incurrían en reiteradas faltas para golpear fuera del reglamento a nuestros favoritos. Me comentaba insistentemente buscando mi adhesión en cuanto a lo tramposo de los luchadores rivales. Asimismo, en los descansos de cada lucha y hablando sin parar, me hacía

participe de sus opiniones mostrándose como un verdadero entendido en estas lides. Me contó que se llamaba Leo y pertenecía al hogar de La Cisterna y que regularmente los traían al Caupolicán invitados por el tío Enrique (Venturino) quien les obsequiaba bebidas y galletas, pero además ese sábado les habían dado un gran paquete de maní confitado y sacándolo del bolsillo me lo ofreció generosamente. Si no me había sido posible plantearle mi posición ante su abrumadora personalidad, menos posible me resultó resistir en ese momento tan delicioso convite.

Esa tarde gocé intensamente con las contiendas y gran parte de mi disfrute obedeció a la presencia de aquel niño de tan exuberante forma de ser y sus tan amenos comentarios. No vi en ningún instante en él pena, tristeza o humildad.

Al terminar la velada y cuando al despedirme me extendía caballerosamente su mano me preguntó a qué hogar pertenecía. Quise explicarle sentidamente, para no herirle que yo no pertenecía a ningún hogar y que tenía una familia propia, pero no fue necesario puesto que en ese momento apareció mi papá con su uniforme de servicio, haciéndome una seña para ir con él. Su particular agudeza le había permitido comprenderlo de inmediato.

Bajó la mirada como excusándose por su confusión, pero retomando su desplante me espetó:

-- ¡Yo allá en el hogar tengo varios papás! — y con un dejo de sorna agregó -¡ y todos son sargentos!